



JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

2331

REGISTRO CIVIL DEL ESTADO
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA

Monterrey, N. L.

LA 2331

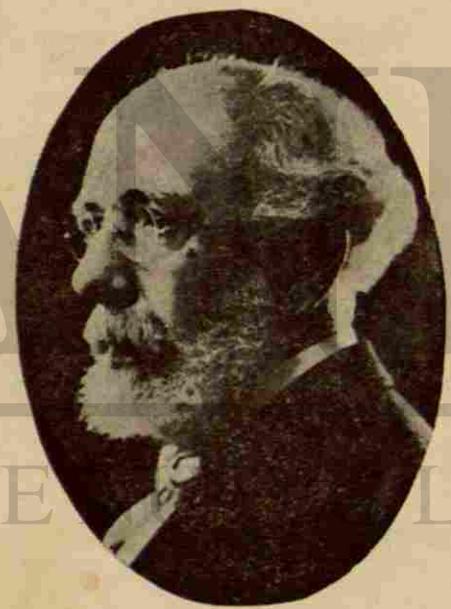
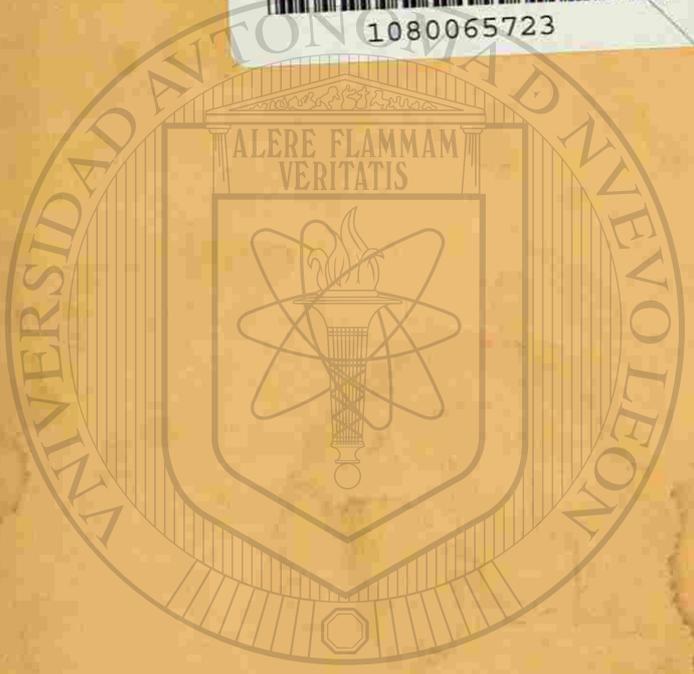
D3

C.1

FC. OFNL



DATOS BIOGRAFICOS
DE TRES
MAESTROS DISTINGUIDOS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

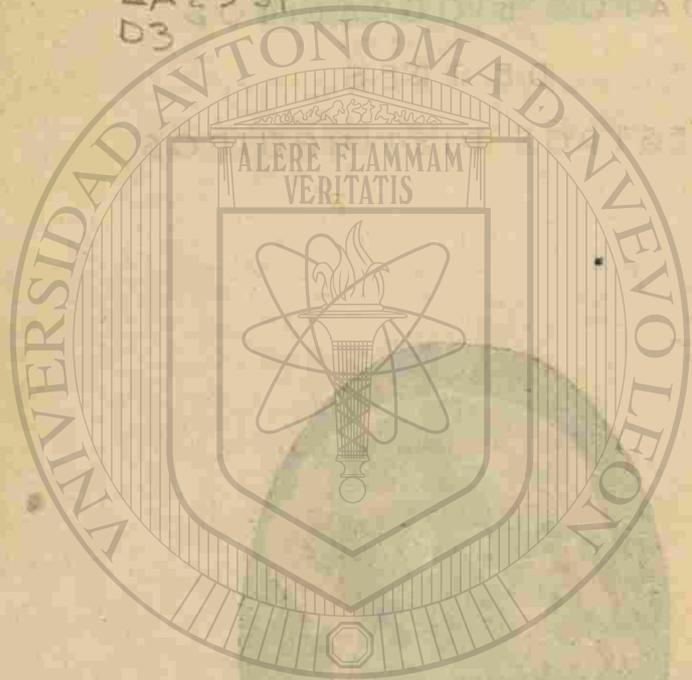
ING. FRANCISCO R. BELTRAN
1862 - 1934



(65723)
FUNI

FC. OFNL

LA2331
D3



1937-38

1962-63

H O M E N A J E

QUE RINDE LA ESCUELA

PREPARATORIA No. 3

(Nocturna para Trabajadores)

AL CUMPLIRSE EL XXV

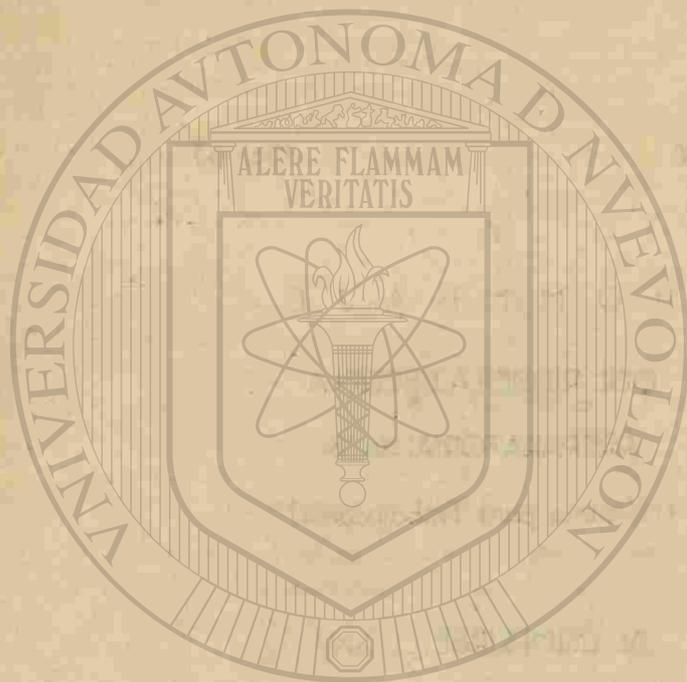
ANIVERSARIO DE SU FUNDACION

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Enero 18 de 1963

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ING. FRANCISCO R. BELTRAN

EXTRACTOS DE UN TRABAJO PRESENTADO EN LA ESCUELA PREPARATORIA No. 3 (COLEGIO CIVIL NOCTURNA PARA TRABAJADORES) EL "SABADO CULTURAL" VERIFICADO EL DIA 17 DE NOVIEMBRE DE 1962 POR LA SRITA. PROFA. LILIA VILLANUEVA LOPEZ.

El año 1867 el Dr. Gabino Barreda, propone para México un Plan Educativo basado en la filosofía positivista de Augusto Comte, y en el cual se dan a conocer los ideales de la Burguesía Mexicana. En el positivismo creado por Comte, los positivistas mexicanos supieron encontrar puntos de apoyo para adoptarlo a la realidad mexicana.

En la reforma educativa dada a conocer por Barreda, dice Leopoldo Zea en su libro "El Positivismo en México": "Benito Juárez vió el instrumento que era menester para terminar con la era de desorden y la anarquía en que había quedado la nación".

El país se encontraba en un verdadero caos. La lucha entre conservadores y liberales había terminado y era necesario que éstos se apoyaran en una nueva ideología que fuera diferente desde todos los puntos de vista a la de los conservadores.

Al caer el efímero imperio de aquel iluso que creyó poder reinar en un país que no le pertenecía, los liberales vencedores vieron ante ellos ruina y anarquía.

El Dr. José María Luis Mora, antes de que se conociera el positivismo, afirmaba que "el Estado no debe dar protección a ninguna doctrina, estaba ajeno a su instituto, él está solamente puesto para observar y hacer que sus súbditos

tos observen las leyes". Por eso, cuando Barreda fué llamado por el Presidente Juárez para colaborar en la reforma educativa, al hablar de "libertad de conciencia" encontró en el partido liberal la aprobación y la confianza necesarias.

Emprender la lucha con hombres que aunque se decían anticlericales y apoyaban la Constitución, no podían abandonar sus prejuicios religiosos era dar cabida al desorden, y el Gobierno no quería que continuara la anarquía.

México se levanta de la obscuridad en que había permanecido y ya no le satisfacen los dogmas de la iglesia; era preciso dar una explicación, era preciso investigar, y para eso no bastaba la teología, pues no podía dar una solución satisfactoria; tendría que darse paso a las Ciencias Naturales para la explicación de los fenómenos de la naturaleza. "Es entonces cuando el clero pierde su fuerza", —dice Barreda—, "pues el hombre a medida que se va superando va pidiendo explicaciones".

Esta "emancipación mental" no fué comprendida por el clero. Si el clero hubiera podido ver en aquel tiempo, con la claridad que hoy percibimos nosotros, la "brecha que estas investigaciones científicas iban abriendo en el complicado edificio que a tanta costa habían logrado levantar, y que con tanto empeño procuraban conservar... se hubiera apresurado a matar esas luces donde quiera que pudieran presentarse y por inconexas que pudiesen parecer con la doctrina que se deseaba salvar".

Sin embargo, aún cuando se oponía el clero a todo progreso de la ciencia, después de árdidas luchas, ésta triunfará logrando el positivismo por medio de la educación unificar las conciencias y formar un núcleo de hombres que se servirán de él para guiar los destinos de México.

Los liberales al defender sus ideas invocaban las palabras de Barreda: "venimos a poner una bandera, la de la ciencia, donde otras han caído por su propio peso, o por la acción corrosiva del negativismo". Es decir, los positivistas vienen a acabar con la anarquía reinante, ya que la verdad quedaría plenamente demostrada en el positivismo.

Sólo se podrían resolver estos problemas y conseguir la unión entre los mexicanos, mediante una educación completa, ya que Barreda considera que la falta de esta educación es la que conduce a los hombres hacia falsas ideas; y por otra parte, a que cada individuo, tratando de ponerlas en práctica, va a la discordia y por lo tanto a la separación en partidos.

El plan educativo propuesto por Barreda, es el de una unidad en la educación al fin de que no haya diversas ideas políticas, sino como dice Barreda "un fondo común de verdades", y sobre estas verdades deberán los mexicanos fundar su criterio, ya que una sociedad con los mismos principios científicos no puede conducir al desorden.

Para lograr la unificación educativa en la sociedad, deberá empezarse desde el principio y así el 2 de diciembre de 1867 se dicta una ley que reglamenta la educación primaria, la preparatoria y la profesional. La Escuela Preparatoria era considerada como escuela independiente y de suma importancia porque "a la edad en que se acostumbra hacer los estudios preparatorios, es la propia para satisfacer esta necesidad de la sociedad actual".

El 12 de agosto de 1886 el entonces director Dr. Manuel Rocha introduce en el Colegio Civil de Monterrey los racionales y filosóficos programas implantados por Gabino Barreda.

En esta época surge la egregia figura de ese gran maestro que con su sabiduría dirigió los pasos de la juventud nuevoleonense durante más de cuatro décadas: ¡El Ing. Francisco Beltrán!

Nació el Ing. don Francisco Beltrán en México, D. F., el 2 de abril de 1862. Fueron sus padres don Adolfo Beltrán y doña Josefina Otero de Beltrán, ambos de ascendencia española, y ella, según se cree, con algún parentesco remoto con el insigne don Mariano Otero, uno de los geniales precursores del juicio de amparo.

Los esposos Beltrán tuvieron ocho hijos varones, pero sólo tres de ellos llegaron a la edad adulta, y el Ing. Beltrán, el mayor, sobrevivió por muchos años a sus dos hermanos.

Francisco Beltrán hizo sus estudios primarios en el Liceo Fournier, de la ciudad de México, prestigiado Instituto de aquella época, por los años de 1868 a 1876. En 1877, sin consulta previa con sus padres y atendiendo sólo a su natural inclinación, solicitó su ingreso en el ya glorioso Colegio Militar, y no obstante carecer de la edad y de los estudios formales previos retadoramente aceptó someterse a un examen extraordinario de admisión, el cual pasó con tal brillantez, que le permitió su entrada inmediata.

El entonces joven Beltrán continuó así su actividad escolar en el Colegio Militar, en donde permaneció de 1877 hasta 1884, año en que obtuvo su título de **Ingeniero Civil**. Durante toda su carrera obtuvo notas de "sobresaliente" —la más alta que se daba en aquel Instituto— en todas y cada una de las materias que cursó. Su vocación al estudio y su claro talento lo colocaron en el sitio superior que desde entonces ya le correspondía y que iría a conservar por el resto de sus días.

Como en sus éxitos escolares, su fuerza de carácter también se manifestó desde sus años mozos, no sólo admitiendo su responsabilidad infantil, pero propia y decidida, al escoger la carrera que estudiaría, sino también recibiendo honores militares en el Colegio de San Jacinto, pues fue ascendido a Cabo en 1879, a Sub-teniente en 1880, a Teniente en 1883, y después a Mayor, grado que conservó hasta 1901, en el que dejó de prestar sus servicios formales al Ejército de la República. Con el grado de Mayor formó parte del Cuerpo de Ingenieros del Estado Mayor Especial del Colegio Militar.

Al recibir su título profesional, el Ing. Beltrán fue nombrado para integrar la Comisión Geográfica Exploradora, que por cuenta y orden del Gobierno de México se ocupaba de levantar y rectificar los planos de los diversos Estados del Norte de la República. Sirvió dos o tres años en esta tarea, siempre en la zona de Tamaulipas.

Por aquel entonces, el Gobernador de Nuevo León, Gral. don Bernardo Reyes, solicitó de la Secretaría de Guerra los

servicios de un ingeniero que salido del Colegio Militar tuviera los mejores antecedentes escolares, para contar con su dirección técnica en la realización de una serie de obras públicas trascendentales para el Estado, que ya exigía su visión constructiva de gobernante progresista. La Secretaría de Guerra, después de recabar los informes del caso, recomendó al Ing. Francisco Beltrán y así fue como, en forma accidental y para fortuna nuestra, este personaje llegó a Monterrey en el año de 1887.

El Ing. Francisco Beltrán contrajo matrimonio en el año de 1895, con la Srita. Sara Joseph; de esa unión hubo 4 hijos: Francisco (fallecido en junio de 1961), Leticia, casada y radicada en la ciudad de Monterrey; Sara, casada y radicada en Monterrey; el señor Lic. Godofredo L. Beltrán que ocupó el cargo de Oficial Mayor de la Secretaría Particular de la Presidencia de la República durante el período del General Cárdenas; Oficial Mayor del Departamento Central, cuando era Regente del mismo el Lic. Raúl Castellanos; Secretario General del Gobierno del Estado de Nuevo León, durante el último año de gobierno del Lic. Arturo B. de la Garza; actualmente es Magistrado del Superior Tribunal de Justicia del Distrito y Territorios Federales.

El Ing. Beltrán realizó su primer trabajo para el Gobierno del Estado a concluir el Puente de la calle de Zaragoza, para resolver el problema urbano que por entonces creaba el arroyo proveniente de los ojos de agua que existen en el centro de la ciudad y que ahora forma la Alberca Monterrey, el cual dividía perjudicialmente a la población. Después participó nuestro biografiado en trazar el plano de la ciudad. Parece que su labor comprendió el planeamiento de las calles que están, de la del 5 de Mayo, aproximadamente, hacia el Norte, incluyendo la hoy Calzada Francisco I. Madero, considerada como demasiado amplia y extensa para la época, pero que al correr de los años sólo ha confirmado la visión que tuvo quien la ideó y su fé en el progreso de nuestra ciudad, ya que ahora constituye nuestra Avenida más importante.

Merecen especial mención los trabajos del Ing. Beltrán

para rectificar y precisar los límites del Estado de Nuevo León, obteniéndose que a iniciativa suya, los Gobiernos de Nuevo León y Coahuila se cedieran recíprocamente partes de territorio para lograr que el Estado de Nuevo León fuera fronterizo, mediante la creación de la Congregación de Colombia.

También construyó el edificio público de más mérito y de mayor belleza en todo el Norte de la República, el Palacio de Gobierno, modelo de arquitectura neoclásica, del más refinado estilo, que aún hoy sigue siendo el mejor de nuestros monumentos públicos y me atrevo a pensar, será de las cosas que perduren para orgullo de nuestra ciudad mientras los siglos lo permitan. Construyó igualmente la vieja Penitenciaría del Estado, ya derruida, la casa que habitó por muchos años el propio Gral. don Bernardo Reyes por la calle de Hidalgo, y el antiguo Casino de Monterrey, infortunadamente consumido por un incendio a principios de siglo; todo esto además de otra serie de trabajos y obras públicas de singular utilidad social.

Después y casi hasta su muerte fue eficiente Consejero del Departamento de Agua y Drenaje.

Estaba atento a los sucesos que afectarían los destinos de su Patria y opinaba sobre ellos con ponderada discreción. Cuando el usurpador Huerta se apoderó de la Presidencia de México, al igual que en la ciudad de México, buscó en provincia personas de prestigio que sirvieran de sostén a lo que su desprestigiada personalidad no podría sostener, y así intentó que en el Estado de Nuevo León lo ayudara el nombre y el carácter del Ing. Beltrán. Este, correcta pero decididamente, rehusó el ofrecimiento y, conocedor del hombre, prefirió abandonar el territorio nacional, para evitar cualquiera contingencia grave, desterrándose voluntariamente a Nueva Orleans. Allá permaneció un año. Todo su tiempo lo ocupaba, rodeado de libros, en la Biblioteca Pública, ampliando su ya vasta cultura, y con una voluntad sin límites, por sí solo aprendió el alemán con la mayor perfección. En aquel destierro gastó todos sus ahorros reunidos en años de trabajo; pero una vez viendo al Lic. Querido Moheno —ex-ministro

de Huerta— por las calles de Nueva Orleans, jubiloso anunció a su esposa su regreso a México. El usurpador había caído y la desbandada de sus secuaces se había iniciado. Los hombres libres podían volver a su patria.

En aquel profesionista que tanto renombre alcanzó en sus labores técnicas, no sucumbió al éxito, ni a la tentación de numerosas ofertas que pudieron haberlo llevado a una vida de compensaciones materiales más amplias. Su vocación decidida, de verdadera renunciación, estaba en el magisterio. A éste dedicó, con desinterés incomparable, sus mejores años y sus mejores entusiasmos. Su cultura bien cimentada y su inquietud intelectual constante hasta su muerte, hicieron de él el más valioso y brillante profesor de su época.

Apareciendo en labores docentes por vez primera es nombrado como Profesor en el año escolar 1887-1888, para la cátedra de Matemáticas. Sus grandes posibilidades pedagógicas pronto fincaron su prestigio, y por esto, luego aparece enseñando Español (en el curso de Retórica y Composición), Geografía, Cosmografía, Astronomía y Francés, idioma éste que llegó a dominar como el suyo propio, y más tarde las asignaturas que elevaron su nombre a imponderable altura: Lógica, Psicología y Moral, y por último, Historia de la Filosofía. Además, eventualmente suplía a otros profesores que transitoriamente dejaban sus cursos, continuando éstos con superada maestría.

Fué además, Director del Colegio Civil durante los años de 1905 a 1906, y de 1915 a 1917, realizando una excelente labor administrativa.

Su carácter, desde su juventud, fue siempre duro y enérgico, pero con dureza y energía necesarias para que su labor magisterial fuera lo más fructífera. Con verdadera severidad exigía a sus alumnos el cumplimiento de su deber al igual que como lo hacía con su propia persona, pero en ello radicaba una de sus más grandes cualidades, al orientar esta fuerza al mayor éxito pedagógico. Era bondadoso y amable, dentro de su austeridad, con el alumno estudioso; agrio y difícil con el perezoso; pero compensaba con largueza los

esfuerzos de los buenos estudiantes con calificaciones que eran su mayor timbre de gloria.

Nadie mejor que los alumnos para hablarnos del maestro, el Lic. Raúl Valdés Villarreal lo describe así: "Más bien bajo de cuerpo, de amplias y rectas espaldas, con su cabeza limpia de pelo, sólo rodeada de canas rizadas y venerables, haciendo juego plástico y homogéneo con su barba y su bigote, que daban a su faz especial distinción. Su mirada, a través de sus anteojos, era aguda y penetrante; su voz grave e imperiosa, acompañada con gestos y ademanes sobrios pero expresivos, constituían un marco adecuado a sus elocuentes palabras y así, sus conferencias y explicaciones socráticas tenían un poder de sugestión y una amenidad e interés incomparables".

Otro de sus alumnos, un maestro muy querido a quien las juventudes actuales han escogido como guía, nuestro Director el Dr. Mateo A. Sáenz, que en "Vida Universitaria" de fecha 6 de Noviembre de 1957 con el título de "Añoranzas del Colegio Civil, 1918-1924", refiriéndose al Ing. Beltrán dice: "El Ing. Beltrán, con su barba partida y su calvicie, con su porte militar y el prestigio de severidad de que estaba rodeado, con sus tics característicos, nos daba francés.

A su paso por los corredores, los alumnos sentados en las bancas se ponían respetuosamente de pie, y saludaba. Sabía francés y sabía enseñarlo. Exigía que el alumno estudiara, y sabía cuando no lo hacía sin siquiera preguntarle algo, teníamos miedo que nos viera porque parecía leer dentro de nosotros. Metódico aún en los menores detalles, creaba hábitos en su clase, hábitos de disciplina, de trabajo, de orden... Lo respetábamos y lo admirábamos. La incapacidad o mala fé de algunos de nosotros lo hacía mesarse los cabellos en típica e inconfundible actitud. Fue después maestro de nuestra generación en diversas clases, incluyendo logaritmos y coronando su obra con Lógica, Ética y Psicología. Nos formó filosóficamente e influyó más en nosotros que todos los demás maestros juntos. Fuera de la cátedra sabía ser amigo de sus alumnos. Yo tuve el honor de que me distinguiera con su amistad personal. Los compañeros cuando

veían que alguno de nosotros, lo distinguía con su amistad, se ponían celosos y "motejaban" de Pichón al que se encontraba en ese caso. "Pichón" era equivalente a consentido. El miedo nos paralizaba al principio y nos impedía acercarnos a él con frecuencia, pero una vez hecho esto la primera ocasión, nos sentíamos con tanto confianza como el más jovial de nuestros maestros. Oía nuestras objeciones o réplicas con franciscana paciencia y sabía dar a su rostro una bonachona expresión que invitaba a que el alumno "se vaciara" con todas sus dudas, para después con método, con inflexible argumentación, ir destruyendo una por una todas nuestras dudas en forma tan clara, que no quedaba en nuestra mente la más leve inquietud. Tenía el don de convencer. No recurría a la emoción, sino en muy contadas ocasiones; sus argumentos eran silogismos irreprochables, inflexibles, nítidos, que satisfacían plenamente la razón. Sus conocimientos eran amplísimos, y abarcaban todas las ciencias. Nos dejaba boquiabiertos. No era el maestro "de un solo libro", era simplemente el Maestro, así con mayúscula".

Su amistad con los Catedráticos de esa época (Profrs: Mariano de la Garza, Germán Almaráz, José G. García, Emilio Rodríguez, Federico B. Uriarte, Macario Pérez, Roberto F. Quintanilla y Jesús Colunga, los Doctores José Luna Ayala, Jesús Gómez Flores y Francisco Guajardo Martínez, los Licenciados Manuel González Salinas, Juan N. de la Garza y Evia, Macedonio Tamez y los Ingenieros Faustino Roel y el Gral. Ramón Toffe) que siempre lo reconocieron y admiraron, fue cordial aun fuera de las Aulas y los que convivieron con él hasta su muerte dieron durante el sepelio muestras de emoción.

La enseñanza de toda disciplina filosófica implica siempre una postura que la oriente, si bien con suave matiz tratándose del pensamiento ajeno, en cambio con perfiles decididos en la labor crítica. Esta afirmación es tanto más exacta cuanto más definida es la postura filosófica del pedagogo. El Maestro Beltrán no podía escapar a esta actitud, y consecuentemente, en sus lecciones de Lógica, Psicología, Moral e Historia de la Filosofía, encontramos inseparable la orien-

tación de su pensamiento positivista.

Conocedor profundo de las ciencias experimentales, que eran su material de trabajo cotidiano, encontró en ellas el apoyo que exigía su rumbo filosófico, y así, en el frenesí cientifista de aquellos años, la observación y la experiencia se afirmaban en sus convicciones como los únicos títulos posibles para un conocimiento válido.

El positivismo tuvo en nuestro país un éxito inusitado, como también lo había tenido en Europa, y no puede negársele su influencia e importancia cuando suministró el contenido intelectual a las tendencias liberales de la Reforma, y aún más, al imponerse en la enseñanza preparatoria con técnica de indudable eficacia, a través de la clasificación comtiana de las ciencias abstractas. Este programa educativo, que Gabino Barreda elaboró, trascendió al país entero y subsistió entre nosotros, casi en su trazo integral, hasta 1927.

A principios del año 1933 cuando Monterrey, se entusiasmaba ante el proyecto de la creación de la Universidad de Nuevo León, se nombró una comisión organizadora de la cual el Ing. Beltrán fue nombrado vocal. El 25 de febrero fue distinguido en unión del Ing. Spencer Holguín para integrar la comisión, que con fecha 3 de julio presentó el proyecto para establecer el primer año de estudios de la carrera de Ingeniería Civil.

Por la creación de la Universidad trabajó asiduamente. A pesar de que ya para entonces se sentía muy enfermo, vemos su nombre en las reseñas que daban informes sobre los trabajos realizados.

El día 4 de octubre, abre con gran júbilo sus puertas la Universidad, y en estas fiestas estuvo presente el Ing. Beltrán participando de la alegría general.

Fue su última participación, pues al volver a su casa se sintió muy enfermo y pese a los esfuerzos de los médicos que le asistieron aunando el saber a su gratitud al maestro, falleció el 8 de enero de 1934 a las 16.30 horas.

La noticia de su muerte circuló rápidamente en la ciu-

dad. Autoridades civiles y militares a la par que el estudiantado se apresuraron a rendirle póstumo homenaje.

La capilla ardiente fue instalada en la Escuela Normal, de donde también había sido Catedrático por muchos años, pues el Aula Magna de la Universidad estaba apenas en construcción.

El día 9 se formó una valla de estudiantes, desde el domicilio del extinto maestro (Ruperto Martínez 435 Pte.) hasta la Escuela Normal en donde se reunió el Consejo Universitario en sesión solemne presidido por el Rector Lic. Héctor González, a esta sesión asistieron el Gobernador del Estado, Lic. Pablo Quiroga, el Presidente Municipal Ing. Plutarco Elías Calles Jr., Diputados Dr. Pedro Serna Garza, Heriberto Montemayor, Presidente del Supremo Tribunal Lic. Daniel Guerra y el Magistrado Lic. Francisco Cantú Cárdenas.

Sus restos descansan en el Panteón del Carmen. Fue un Maestro íntegro y desinteresado, que entregó a muchas generaciones el fruto de su experiencia. Un Maestro que consagró toda su existencia en bien de la juventud, y cuyo fruto están recogiendo los estudiantes de hoy al través de muchos de sus maestros actuales que, inspirados por su ejemplo y nutridos en sus lecciones, las actualizan y transmiten formando juventudes sin prejuicios ni fanatismo que ponen su confianza en una humanidad mejor, basada en la ciencia al servicio del pueblo.



DR. ANGEL MARTINEZ VILLARREAL
1904 - 1945



PROF. FRANCISCO M. ZERTUCHE
1905 - 1956

DR. ANGEL MARTINEZ VILLARREAL

EXTRACTOS DE UN TRABAJO MUY COMPLETO Y DOCUMENTAL PRESENTADO POR EL LIC. MARIO LOPES RAMIREZ, EL 13 DE DICIEMBRE DE 1961 EN EL AULA FRANCISCO M. ZERTUCHE DE LA UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON, DENTRO DEL CICLO DENOMINADO "PRESENCIA DE NUEVO LEON" AUSPICIADO POR EL DEPARTAMENTO DE EXTENSION UNIVERSITARIA LEIDO EN UNO DE LOS "SABADOS CULTURALES" POR EL ESTUDIANTE PEDRO RODRIGUEZ.

Nació en el risueño pueblecito de Nadadores, Coah. el 2 de Febrero de 1904. Sus padres, don Hilario Martínez y doña Luisa Villarreal originarios de Marín, Nuevo León, quienes habían llegado años antes a ese lugar con el propósito de encontrar ambiente más propicio para las actividades del comercio. Angel Martínez fue el tercero de nueve hermanos.

Asistió como sus demás hermanos a la escuela del pueblo que llevara el nombre del patricio don "Benito Juárez" cursando allí los cuatro primeros años de su educación primaria con los profesores Fidel Ramírez, Salomón Rodríguez y José Cardona.

En 1912, el pequeño Angel cursa los dos últimos años de primaria en el Colegio Morelos, ubicado entonces en el cruce de las calles de Zaragoza y Modesto Arreola de Monterrey, Nuevo León, bajo la dirección del ameritado Prof. Fidel G. Treviño.

Concluye sus estudios primarios en 1914 y un año después ingresa al glorioso Colegio Civil del Estado, dirigido en esa época por el gran educador Ing. Francisco R. Beltrán.

Se incorporó a una generación estudiosa y alegre; en ella encontraría a muchos de los amigos que serían para siem-

pre. Román Garza Salinas, Fermín Martínez Villarreal, Ernesto Barocio, Alfonso Garza, Teófilo Martínez Pérez, Pablo Domínguez, Alberto Garza Treviño, Gabriel L. Martínez, Ricardo Sáenz, Humberto Ruvalcaba, José González, David Peña y muchos otros. Entre sus maestros, hombres sabios y buenos que le entregaron conocimientos abundantes y mejor ejemplo podemos citar a los siguientes: Ing. Francisco Beltrán, Dr. Jesús Gómez Flores, Dr. Atanacio Carrillo, Lic. Juan N. de la Garza y Evia, Dr. José Luna Ayala, Prof. Emilio Rodríguez, Ing. Arturo V. González, Prof. Enrique T. Westrup, Prof. Germán Almaraz y Prof. Roberto Quintanilla.

Estando en el 3er. año de esta Institución en enero de 1918, ingresó a la Liga de Estudiantes donde iba a realizar sus primeras andanzas de lucha, allí abrevó las primeras experiencias que habrían de inquietarlo para siempre junto con Mateo A. Sáenz, Arturo B. de la Garza, los Treviño Montero y tantos otros que al igual que él, al trasponer los umbrales de la vieja casa, destacarían en los diversos ángulos de la vida político-social del solar nativo.

Poco después la "Liga de Estudiantes" dejó de funcionar para convertirse en "Congreso local Estudiantil", en ambos organismos se destacó notablemente Angel Martínez Villarreal por su valor y su rapidez de percepciones.

Su primera incursión política en la vida extramuros del Colegio, la hizo cuando un régimen que no cumplió su compromiso de pago a los maestros, recibió los sinsabores de una huelga de éstos, solidarizada por los estudiantes de Normal.

Fue soñador como todos los jóvenes y entre las lecturas sesudas que imponía la grave indicación del maestro Beltrán sobre algún capítulo de la Lógica de Parra, la austera sugerencia del Dr. José Luna Ayala, sobre Ganot y Maouvrier, sin olvidarse del repaso a las Matemáticas de Contreras y a la Psicología de Tichner, se deleitó con los motivos de Proteo y el ariel de Rodó, leyó indudablemente a Vargas Vila y se emocionó también con los poemas de González Martínez, Nervo y Díaz Mirón.

Concluidos los estudios de Preparatoria en el Colegio Civil en 1920 se inscribió ese mismo año en la Facultad de Medicina de la Universidad de Nuevo León, donde también se distinguió bastante. Entre sus maestros podemos citar a los doctores José L. Barragán, David Peña, Francisco L. Rocha y José Luna Ayala.

Llegando al 3er. año, dificultades con las autoridades de la escuela lo obligaron, en compañía de David Peña hijo, y Enrique V. Santos a trasladarse a Guadalajara con el propósito de continuar allá los estudios. Ahí se encontraron con Raúl Castellanos. De aquel grupo de estudiantes se incorporaron a la revolución de De la Huerta, Angel Martínez Villarreal y Enrique V. Santos, en Guadalajara, poniéndose a las órdenes del Gral. Manuel M. Diéguez a quien después de acompañarlo un corto tiempo, en el que les tocó participar en dos o tres escaramuzas de combate, le hablaron para decirle que poco tenían en que auxiliarle, pues no había medicamentos. Algunas semanas después, ya estaban de nuevo en Monterrey reanudando los estudios.

Sus estudios de Medicina terminaron con bastante éxito, y su examen profesional se llevó a efecto los días 22 y 23 de Noviembre de 1926, con la tesis titulada "El Tratamiento Quirúrgico de las Dispepsias", en cuyo contenido se advierte su madurez como médico y la promesa que significaba para la ciencia de su profesión.

Acababa de terminar como estudiante distinguido y ya estaba de nuevo dentro de la Escuela de Medicina como catedrático. El 15 de Noviembre de 1927 es designado profesor de Ginecología teórico-práctica del 3er. Curso de Clínica Quirúrgica; seis días después se convierte en Médico de Sala del Hospital Civil.

Ese mismo año es llamado a colaborar por el Dr. Eusebio Guajardo, Director de la Escuela de Medicina, para actuar como Secretario de la referida Institución y allí se compenetra del aspecto administrativo que también iba a recibir la influencia poderosa de su espíritu reformador.

El día 6 de Marzo de 1929 contrajo matrimonio con su

novia de siempre, profesora Ma. de los Santos Maldonado Garza. Dos hijos fueron el fruto de este hogar ejemplar, Martha, la primogénita que nació en París en agosto de 1930 y Angel, distinguido médico y maestro universitario que lleva los mismos lineamientos de su padre, pues advierte sabiamente el enorme compromiso que entraña el haber heredado su respetado y venerado nombre.

Amó entrañablemente a su esposa y a sus hijos a quienes les dejó el mejor legado. Diez días antes de su muerte en plática con el Dr. Telésforo Chapa le había dicho "la única herencia que les dejaré a mis hijos es educación y Revolución Social". Esto hablaba muy claro de su acendrada convicción Marxista. Pero además de esto, con el maravilloso ejemplo de su vida, les ha legado un nombre ilustre.

Jamás olvidó o desatendió el ineludible compromiso de atender a sus padres, pues hasta el último día de su vida acudió a la vieja casa a compartir unos momentos amables con ellos.

Apenas había transcurrido un año de su matrimonio, cuando, por sus méritos académicos dentro de la Casa de Estudios y su deseo de superación fue becado por la Secretaría de Educación Pública para hacer estudios de post-graduado en Francia en el campo de la Cirugía, donde ya se estaba distinguiendo por su habilidad. Lo acompañaron su esposa y la joven pareja formada por su compañero y amigo de toda la vida el Dr. Telésforo Chapa (que también iba becado) y su esposa.

Al llegar a la gran Ciudad Luz, se instalan en un departamento de la Avenida Orleans. Víctor Pouché, el eminente cirujano de fama mundial, que quizá, conmovido ante la capacidad y gran deseo de aprender del joven cirujano, lo invitó a que observara su técnica quirúrgica en los hospitales y hasta en su misma clínica particular. De él aprendió mucho el Dr. Angel.

De su estancia en París, donde alternó con los más eminentes cirujanos, se conoce poco la siguiente anécdota: Cuando fue presentado a uno de los más distinguidos cirujanos

llamado Doyen, éste le preguntó a nuestro biografiado, ¿Qué hacen los médicos en México? y después de ser informado que se extraían apendices, que se hacían gastrectomías, histerec-tomías y demás intervenciones, el citado galeno, poniendo en duda las palabras del Dr. Angel le dijo "Mire doctor, mañana tengo en mi clínica dos extracciones de matriz, me gustaría verlo para crearlo", otro día a la hora convenida, los dos se dirigían platicando a sus respectivas salas, se deseaban simultáneamente buena suerte y a la misma hora comenzaron su tarea. Minutos más tarde cuando el famoso Doyen afamado por su habilidad y rapidez comenzaba a suturar la herida para ultimar la intervención, sintió la presencia del joven mexicano en sus espaldas a quien le dijo "¿Qué pasó doctor, no va a operar?" y recibió la siguiente respuesta, "ya terminé doctor". No salía de su asombro el famoso médico francés cuando fue informado inmediatamente por otro galeno que auxiliara como ayudante al Dr. Angel, de la habilidad, rapidez y perfección con que éste había realizado la intervención quirúrgica.

Después de un año de ausencia, regresaba a su tierra adoptiva. Un año más tarde, no conforme con los estudios que había hecho, salió a Róchester, y en la clínica de los famosos hermanos Mayo, observó técnicas operatorias, sistemas y métodos de la ciencia médica en sus múltiples aspectos. A su regreso siguió empeñado afanosamente en superarse; organizó su actividad científica de tal manera, que le permitiría observar los resultados de innovaciones suyas a las técnicas y métodos científicos tradicionales.

Su presencia se advirtió en los congresos de la época sobre la discusión de problemas relativos a su ciencia. Además de sus ponencias, su opinión fue vertida en ellos y fueron consideradas sus advertencias en las reuniones de esta índole, como decisivas para tomar o enmendar muchos importantes acuerdos.

Su aportación científica tuvo extraordinarios aciertos, publicó como fruto de su esfuerzo, entre otros, los siguientes trabajos: "Diagnóstico de la úlcera gástrica", publicado en la revista Monterrey Médica; "Diagnóstico del embarazo extra-

uterino y sus causas de error", publicado en una de las memorias relativa a la Cuarta Asamblea Nacional de Cirujanos: "La Gastrectomía en el tratamiento de la úlcera Gastro-Duodenal", publicado en la revista "Intercambio de la Asamblea Nacional de Cirugía". "Breve estudio sobre cuarenta y cinco gastrectomías parciales en el tratamiento de úlcera Gastro-Duodenal", trabajo publicado en "Archivos Médicos Mexicanos"; "Perforación Uterina Abortiva", publicado en el boletín de la clínica; "Un caso de Micosis Gástrica", estudio publicado también en el boletín de la clínica; "Afirmaciones en Defensa del Hospital-Escuela y de las leyes que lo hacen posible en Nuevo León", interesante artículo publicado en la "Revista Médica" y en la prensa de la ciudad. Además quedaron sin publicarse importantes estudios presentados en sus conferencias dictadas a algunas Sociedades Científicas. Ellas son, "La operación cesárea en Monterrey", "Artroplastía del codo", "Colesistitis Calculosa", "Cirugía en los Diabéticos", "Maxopexia Estética", "Vulvitis Gonocócica Conocida en los Niños". Además, en una carta del Sub-secretario de Educación dirigida al Dr. Angel en su estancia en París, le hace saber que tomó nota sobre su interés por estudiar "La cuestión de los niños anormales en ese país". De este trabajo no sabemos si se hubo realizado.

Su nombre trasponía ya las fronteras nacionales y su destreza como cirujano nadie la objetaba; a él acudían todos: enfermos de todas las clases sociales, y todos recibían del galeno el mismo trato amable; sus alumnos, a pedir consejo, pues seguía vinculado a su amada Escuela de Medicina a través de la cátedra, y hasta los mismos compañeros de profesión a quienes auxiliaba con su opinión certera y con la debida discreción.

De sus maravillosas manos de las que en una ocasión dijera el Dr. Livas: "Doble prodigio de sus manos, prodigio y milagro de sus manos sabias que se prodigaron transformándose, en incontables ocasiones, en salvación de tantos a quienes arrancó de la muerte o del dolor; milagro y prodigio de sus manos generosas que prodigaron en incontables ocasiones también transformándose en redención para

los humildes, para los desheredados".

De ellas, hasta los mismos enemigos recibieron los beneficios, como en el caso de una operación difícil que ejecutó con éxito a la esposa de un hombre, que junto con otros y obedeciendo la consigna de un político encumbrado enemigo del Dr. Angel, lo habían asaltado en la puerta de su clínica y no pudiendo capturarlo por la fuerza y llevárselo en un coche, lo golpearon cobarde y despiadadamente en el año de 1937.

Se conoce un sinnúmero de anécdotas que reflejan muy gráficamente su pericia y maravillosa habilidad en el manejo del bisturí; de su valor y "sangre fría" basta recordar que el mismo operó a su propio hijo Angel de apendicitis, cuando esta operación representaba muchas dificultades para su ejecución.

Fundó una clínica con todos los adelantos de la ciencia moderna. Para advertir el enorme trabajo de esta época, diremos que hasta el mes de diciembre de 1944 se habían atendido 30,832 personas en cuatro años sin contar desde luego, los enfermos de salas de hospital y otros muchos que no pasaban por dicha clínica. A muchos no sólo los atendía en consultas gratuitas sino que también les obsequiaba medicinas y hasta los operaba sin cobrarles. ¡Cuántos hogares guardan gratitud al hombre bueno y eminente cirujano que fue Martínez Villarreal!

Como premio a su esfuerzo obtuvo el reconocimiento profesional de sus contemporáneos y en la rama de su actividad fue llamado a ocupar los siguientes puestos: Practicante del Hospital Civil Dr. José Eleuterio González, Médico de Cirugía, Comisario del mismo Hospital González; Practicante encargado de la Vacuna Anti-Variolosa; Jefe de Cirugía Abdominal y General; Traumatología del Vientre; División de Cirugía en el Hospital González y Director del mismo Hospital.

De sus actividades docentes se recuerdan aún las siguientes: Catedrático de Terapéutica Quirúrgica; Maestro de Ginecología Teórico-Práctica. Desempeñó otros cargos de responsabilidad como el ya citado de Secretario de la Facultad de

Medicina; Secretario del Consejo de Salubridad en el Estado; Presidente de la Comisión Organizadora de la Universidad Socialista; Miembro del Comité de Construcción del Nuevo Hospital; Presidente del Comité A.M.A.C. de Monterrey; Secretario General del Sindicato de Médicos Cirujanos de Nuevo León; Presidente del Primer Congreso Nacional de Escuelas de Medicina; Director de la Facultad de Medicina, Rector de la Universidad Obrera en su segunda y más importante etapa; Rector de la Universidad de Nuevo León y Presidente del Consejo de Cultura Superior.

Desde su vida inquieta de dirigente estudiantil sin descuidar sus compromisos escolares estableció el criterio de que la Universidad no podría permanecer indiferente a las palpaciones sociales.

Como maestro de su amada Escuela de Medicina se empuñó de tal manera en el cumplimiento de sus deberes para con la cátedra, que se propuso renovar los procedimientos didácticos para mejorar los resultados del aprendizaje, se preocupó de una manera superior por acrecentar su acervo cultural y académico y fueron sorprendentes los adelantos que obtuvo en las diversas ramas del conocimiento, nos dice por ejemplo el Dr. Cerda que "Ninguna Disciplina le era ajena aparte de las Ciencias Biológicas, la Economía, la Historia eran materias en que su saber era grande y su documentación extensa; su biblioteca contaba con todos los clásicos de la ciencia y se enriquecía continuamente con adquisiciones que no le permitían perder su carácter de actual. Yo le ví en una ocasión pronunciar una conferencia sobre la comuna de París después de salvar la vida de un enfermo grave". Renovó algunas técnicas de la práctica médica y sin descanso supo transmitir con disposición generosa a sus discípulos sus más valiosas experiencias, ¡Cuánto lo quisieron sus alumnos!, allí están las palabras de Antonio Costilla que fue uno de ellos, como mejor testimonio cuando dijo ante su tumba "Has muerto, esa es la realidad, realidad que es mentira, porque ha de florecer y fructificar la simiente que dejaste sembrada y en cada flor, y en cada fruto, estarás tú, por eso no digo descansa en paz sino: ¡Maestro, vive y florece

y fructifica en tu obra!

Fue revolucionario porque fue consciente de que si la Sociedad está en constante proceso evolutivo, las instituciones, que son un reflejo de ella, no pueden permanecer estáticas, deben ir acordes con el ritmo social, porque donde no se opera esta congruencia, se va a la decadencia o al retroceso.

Así sucedió en los diversos cargos que ocupó siempre. En la dirección de la Facultad de Medicina renovó los planes de estudio, lo más trascendental en este aspecto según un artículo del famoso Dr. Conrado Zucherman comentado por el Dr. Treviño Garza fue "La subdivisión de los arcaicos Primero y Segundo Curso de Clínica que por tiempo invertido se venían impartiendo en las facultades médicas, (con el fenómeno, según comentado por todos nosotros de que en estos cursos se diese importancia fundamental a la especialidad o predilección del profesor con perjuicio del resto del programa) la transformación, repito, en estudio clínico por grupos tanto de enfermedades como de enfermos, según el aparato o sistema afectado".

"Esta reforma en mi concepto (dice Zucherman), es la que transforma fundamentalmente los viejos métodos de la enseñanza, y la coloca a la altura de las modernas concepciones de la Ciencia Médica, fue valiente e inteligentemente aplicada por primera vez en México en la Facultad de Monterrey, el año de 1944 por el Dr. Angel Martínez Villarreal".

Uno de los más caros anhelos del Dr. Angel Martínez fue sin duda en este aspecto de la educación la conversión de una enseñanza de la medicina teórica y romántica, en objetiva y práctica mediante la coordinación de la cátedra con las actividades en el Hospital Civil Eleuterio González entonces bajo la dirección del Dr. Francisco Rocha.

Fue esta una de las aportaciones más significativas en el ámbito universitario del Dr. Martínez Villarreal. Se inició por entonces, últimos días de octubre de 1943, para ser más exactos, una polémica de la que se ocupó la prensa con la intervención por una parte del autor del proyecto y por

otra el Dr. Rocha quien acusaba el citado plan de "Socializante, impracticable y hondamente lesivo a los intereses populares". Pronto cundió aquello entre maestros y estudiantes y a principios de noviembre, en aplastante mayoría, manifestaban estar con el director de Medicina; así lo expresaron a la prensa los primeros después de la reunión de la Junta Directiva y los segundos mediante una manifestación y entrevista con el Gobernador Lic. Arturo B. de la Garza. Después de varias cartas a la prensa, de los bandos en contienda, vino la renuncia del Dr. Angel Martínez el 22 de abril de 1944 y casi simultáneamente con ella la renuncia del cuerpo de la Facultad de Medicina, Alvaro Obregón, Derecho y Bachilleres. Los estudiantes se fueron a la huelga detrás de sus maestros dirigidos en aquel movimiento por Juan Serna de Odontología, Antonino Costilla de Medicina, Alfredo González por la Federación de Estudiantes Socialistas de Nuevo León y Rafael González Montemayor por Leyes.

El 26 de Abril de ese mismo año se publica en la prensa la siguiente noticia: "La crisis universitaria de hecho ha pasado; no se le acepta la renuncia al Dr. Angel Martínez Villarreal".

Después de la intervención del Gobernador y la renuncia del Director del Hospital, Dr. Francisco Rocha, todo había terminado otorgándole el Consejo Universitario al Dr. Angel Martínez y al Gobernador un voto de confianza.

Tres días después se nombró Director del Hospital al Dr. Francisco Vela González e inmediatamente se tomaron las medidas para aplicar el proyecto del Dr. Martínez Villarreal.

Ese mismo año del 44 y en el mismo mes de abril se celebró en Monterrey por iniciativa del Dr. Angel Martínez el primer Congreso de Facultades de Medicina en el País, allí se escuchó su palabra sabia y orientadora y dijo: "Es pues necesario que las Escuelas de Medicina, promuevan intensamente la investigación científica, divulguen ampliamente los conocimientos médicos y respondan mediante un servicio social sistemático y constante, como instituciones y a través

de los médicos egresados de las aulas, a las exigencias sanitarias y asistenciales que requieren tanto los centros más poblados como las comunidades más lejanas del país y que reclaman por igual todas las capas sociales de nuestro pueblo; pero especialmente las más humildes".

Para cuando fue Director de Medicina, ya había sido Rector de la Universidad de Nuevo León, pues a los 30 años de edad ya había ocupado el cargo de mayor jerarquía en esta Casa de Cultura.

El memorable discurso de Agosto 6 de 1934 en que rindiera su protesta, trazaba los lineamientos esenciales a que sometería su actuación cuando dijo:

"Soy de los hondamente convencidos de que el momento actual de la vida Universitaria demanda una actitud en inconfundible consonancia con las exigencias sociales prevalentes en sus disintos y múltiples aspectos de inmediata urgencia y utilidad colectiva".

"Entiendo que los dictados sociológicos del día imponen modalidades de conducta espiritual que deben ser aplicadas indefectiblemente al desarrollo de un más moderno y actual sistema educacional a efecto de que la crisis ideológica termine con la socialización y la exclaustación de la enseñanza, puesto que solo así podrá la Universidad transformarse en un organismo cuyas latencias vitales respondan a la época de que somos producto".

El inteligente maestro Edmundo Alvarado en palabras que parecen interpretar el pensamiento del magnífico Rector nos dice: "Si antes en la Rectoría la Universidad vivía fuera de su tiempo y alejados del leit-motivo del progreso universal que es la vida humana. Ahora vive su momento con las inquietudes humanas, compenetradas de la angustia fundamental de la vida social de nuestros tiempos".

"Pasó el tiempo en que se creía que la cultura podía ignorar el desarrollo de las ideas políticas y que la Universidad podía sustraerse a las aventuras de la Historia. Si alguna vez se pensó en limitar cómodamente la misión de la

Universidad a la formación de la conciencia y a la guarda y conocimiento de la cultura, ésta idea habrá de abandonarse definitivamente. Si la cultura tiene que mantener los frutos de la inteligencia del hombre y entre ellos ha de considerarse su inquietud por una vida mejor, la Universidad tendrá que contribuir decisivamente en la solución de los graves problemas de la existencia”.

Siendo gran Maestro de la Gran Logia del Estado se operó la reforma del Artículo de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, que señalaba una etapa nueva en la vida del País. “La educación que imparta el Estado (decía) será socialista y además de excluir toda doctrina religiosa, combatirá el fanatismo y los prejuicios, por lo cual la escuela organizará su enseñanza y actividades en forma que permita crear en la juventud un concepto racional y exacto del universo y de la vida social”.

La clase reaccionaria no podía permanecer indiferente ante el cambio que se estaba operando en la conciencia del pueblo de México. Pronto, confabulada con el capital y con el clero, pretendieron desvirtuar los magníficos propósitos de la enmienda a la Carta Fundamental del 17; se desataron los ataques y medidas de oposición a la reforma. También la Masonería resintió los efectos de esta lucha. No había una absoluta unidad en el criterio sobre la conducta que debería asumirse frente aquella situación. Algunos opinaban que ello no era competencia de la institución masónica y equivalía a inmiscuirse en asuntos concernientes al Estado. Con suma habilidad el Gran Maestro Martínez Villarreal, que simpatizaba abiertamente con las nuevas ideas educativas sorteó el problema. Se organizó un Comité de Acción Social integrado por todas las Logias del Estado para estudiar y determinar la forma en que debería actuarse para repeler los ataques del enemigo tradicional.

Luchó por redimir a los humildes, por orientar la opinión pública dentro y fuera de los muros de la casa a favor de la reforma educativa, por el culto a los héroes, el amor a la Patria y la propagación de las modernas doctrinas sociales de las que era un devoto y sincero partidario.

Su voz se escuchó en todas partes. Acudió a congresos y reuniones nacionales y nunca pasó inadvertida su presencia en estos actos.

En 1945 José Alvarado escribe en la Revista “Tiempo”: “La vida de Angel Martínez Villarreal fue la de un hombre cabal. Tan limpia fue su conducta de médico, tan claras sus lecciones, tan enérgicas las obras de su existencia toda, que ni sus enemigos se atreven a negarla. Algo de perdurable dejan los hombres, cuando al mismo tiempo reciben el homenaje conmovido de su pueblo. Las lágrimas de las mujeres humildes que lloran sobre la tumba, el dolor contenido de los obreros que llevaron sobre sus hombros el cadáver”.

Fue de los organizadores del Sindicato de Médicos y Cirujanos del Estado de Nuevo León y como dirigente de este organismo, participó en la organización de la Confederación de Trabajadores del Estado ocupando el cargo de Secretario de Problemas Técnicos en la primera directiva. Cuando se vino el cisma entre los trabajadores y cundió la división por el arribo de las nuevas ideas, él ocupó el cargo de Secretario General de la facción revolucionaria que ubicó su local en las calles de Pino Suárez con Manuel María del Llano; allí estaba entonces la trinchera del nuevo pensamiento que tenía en Martínez Villarreal su mejor exponente.

Fue además líder, protector y consejero de los sindicatos mineros, entre otros muchos. Organizó y asesoró organismos como el “Comité de Defensa Proletaria”, para auspiciar la protección de los derechos de esta clase. El mes de Julio de 1936 cuando nuestro biografiado presidía la Confederación de Trabajadores del Estado se constituyó una comisión de los organismos liberales en la siguiente forma: Prof. Salvador Rodríguez, por el Bloque Obrero Campesino; Prof. Felipe Cuéllar Garza, por la Organización de Profesionales; Dr. Mateo A. Sáenz, por la Alianza Popular Electoral; Filegonio Macías, por el Frente Popular Mexicano, y el Dr. Angel Martínez por la Confederación de Trabajadores de México (C.T.M.), con el propósito de ir a entrevistar al Gral. Cárdenas Presidente de la República, que por esos días llegaría a Torreón, para informarle sobre la fuerza que estaba adquiriendo la

reacción en Monterrey a través de los partidos políticos de oposición llamados Acción Cívica Nacionalista y Acción Revolucionaria Mexicanista (parecen ser precursores del actual Partido Acción Nacional) pues la clase patronal cesaba a obreros y empleados que se negaban a ingresar a las organizaciones reaccionarias. Los casos eran numerosos y citaron como ejemplo el del Dr. Oscar Decanini, Dr. Enrique C. Livas, Manuel Rodríguez, Alvaro Salinas, Manuel Flores, Pedro R. Nava y otros muchos. Agregaron también que la reacción había provocado la división en organizaciones importantes como la Masonería, el Sindicato de Médicos y Cirujanos, Unión de Farmacéuticos, etc.

Se le pedía también su intervención para que se dictaran medidas enérgicas tendientes a disolver estos partidos conservadores y, que se bajaran las tarifas de la luz, del agua, del teléfono y renta de casas; que hubiera contribuciones proporcionales al capital. Así como también un subsidio para la Universidad Obrera y muchas otras peticiones que sería largo enumerar.

Todo esto fue planeado por escrito al Presidente, y en forma verbal se le agregó que estos partidos estaban preparando movimientos tendientes a desprestigiar al Régimen. Prometió el estudio del problema el Gral. Cárdenas. Apenas transcurridos unos días, el 29 de julio exactamente hubo una sarracina entre los partidos liberal y reaccionario en el cruzamiento de las calles de Zuazua y Morelos en el que desafortunadamente perdieron la vida dos personas.

Aquellos lamentables sucesos hicieron ver con claridad al Presidente lo expuesto por la señalada comisión. Se tomaron algunas medidas por el Gobierno Federal pero el Dr. Angel, como siempre incansable, siguió en pie de lucha y comenzó a publicar un periódico como órgano de la C.T.M. con el nombre de la fecha de los sucesos "29 de Julio" para subrayar los negativos propósitos de los partidos reaccionarios.

Por esta misma época difícil, fue regidor en el ayuntamiento aun cuando desplegó una gran actividad en este cargo, jamás desatendió sus otros deberes para él fundamen-

tales como el ejercicio de la medicina.

Fue invitado posteriormente a colaborar en el gabinete del Gral. Cárdenas como sub-secretario de Educación Pública y declinó esta honrosa deferencia, argumentando, "yo estoy acostumbrado a repartir el dinero y quiero repartir el mío no el del Estado".

Leyó a Hegel y a sus más importantes seguidores como Feuerbach, Marx y Engels; en ellos encontró la explicación y solución a los grandes problemas de la convivencia humana; fue desde entonces un predicador incansable del materialismo dialéctico porque éste sustentaba para él, la verdad y la justicia de los desheredados, los humildes que tanto amó, quizá porque sufrió con ellos al convivir por interminables horas la ejecución de un parto, la agonía irremediable de niños y mujeres tuberculosos condenados a morir por hambre, en el ambiente insalubre de una casa humilde, de los trabajadores con quienes pasó noches enteras ayudándoles a buscar solución a sus problemas, quizá conmovido por el dolor y la miseria que laceraba las entrañas de su pueblo, un buen día sorprendió a su distinguida clientela formada por todas las clases sociales aún las más ricas, los encumbrados políticos, cuando declaró abiertamente su postura ideológica, y nos dice el Prof. Hinojosa "Llegó a ser comunista militante... llanamente lo dijo muchas veces... pero era idealista, nadie podrá decir que lo llevaba un afán de figurar, ya era figura; nadie podrá decir que deseaba enriquecerse; en tan poco estimaba el dinero que muchas veces abrió generoso su escarcela para ayudar a los trabajadores en sus luchas reivindicadoras; ni que pretendía mandar a las masas, éstas, como los amigos y hermanos le respetaban por su saber, por su capacidad y por su desinterés; no era su tendencia lucrar, podía cobrar, lo que quisiera por su trabajo y cobraba poco o nada; era algo más alto, era el ideal de ver un mundo nuevo más justo y más humano, era la revolución misma hecha hombre".

Los trabajadores y las clases humildes veían en él, al hombre mesiánico que en su palabra y en su ejemplar conducta de hombre bueno, sabio y probo, les entregaba un

mensaje de redención y de esperanza.

No se conformó con servirlos mientras el viviera, pues sabía que un día tendría que morir, y en su preocupación por encontrar soluciones permanentes, surgió la organización de un servicio de auxilio y protección a los trabajadores.

En las secciones 64 y 67 de Mineros se instalaron por primera vez con el nombre de "Centros Médicos" estos organismos donde se atendía al trabajador en todos los aspectos de la medicina y se le dotaba de los medicamentos necesarios. El primero de éstos centros estaba dirigido por el Dr. Mateo A. Sáenz y el segundo por el Dr. Telésforo Chapa, ambos habían sido organizadas y estarían asesoradas por el Dr. Angel Martínez. Esto es sin duda en Monterrey el origen de lo que actualmente constituye el "Seguro Social", pues su estructura en el fondo tiene mucho de similar con esta institución que apareció años después. La empresa y el sindicato sostenían los gastos del servicio y cada trabajador colaboraría con 10 centavos por semana.

Interviene en forma destacada en la organización de la Universidad Obrera de Nuevo León, de la que fue su Rector y donde se impartirían además de las materias estrictamente académicas, Legislación Obrera, Legislación Agraria, Cooperativismo, Historia de México y las demás que le darían al trabajador la formación que se requería para cumplir su cometido social.

Posteriormente lo encontramos también formando parte de un organismo que por sus fines habla muy claro de su sentido ciudadano, este es el "Comité de Defensa Civil" constituido en 1942 por él, el Dr. Francisco Vela González, el Dr. Aliber García, el Dr. Mateo A. Sáenz y don Manuel Barragán, auspiciado por el Gobierno para preparar al pueblo en todos los problemas relativos a la guerra, tales como cursos de primeros auxilios, localizar posibles refugios antiaéreos, problemas que pudieran sucitarse por la falta de abastos, etc.

Angel Martínez Villarreal con su acción y su pensamiento, marcó la acción y el pensamiento de los demás.

"Era una noche lluviosa (escribe el Dr. Enrique C. Livas) tal se dijera como si el espacio hubiera humedecido la tierra con su llanto, dolorido de no ser ya más el aliento que animaba aquel hombre insigne".

"Triste noche; aquella del 5 de enero de 1945, en la que el destino acabó bruscamente, con la existencia de un hombre singular, que murió para la carne y nació para la pereñidad de un recuerdo".

Aquel día había estado con sus padres, como si presintiera el largo viaje que iba a emprender horas más tarde; después de sus compromisos cotidianos, sus innumerables enfermos; y luego la última charla con sus amigos entre otros don Francisco Treviño, el Dr. Telésforo Chapa y el Dr. Julián Garza Tijerina en el Café Unión; de allí se encaminaba a hacer la última visita a sus enfermos hospitalizados para después reunirse con su familia. Y por Padre Mier a unos cuantos pasos de la calle de Juárez hacia el poniente fue sorprendido por la muerte. Pronto llegaron sus amigos, entre ellos, el primero don Francisco Treviño, quien lo trasladó rápidamente a la clínica.

El corazón, la vícera que más en su vida había trabajado, no pudo resistir más, en vano se prodigaron todos los auxilios de los médicos que agotaron todos los recursos de la ciencia. Pocos hombres se han adentrado tanto en la conciencia de su pueblo; apenas se había extinguido su vida y en unos instantes la fatal noticia, había cundido por todos los rumbos ciudadanos. La tristeza y el dolor se advertía en todos los semblantes.

Hicieron guardia las autoridades universitarias, sus antiguos compañeros del Colegio Civil, directores de todas las escuelas y facultades, maestros, alumnos, magistrados, jueces, obreros y mineros de las secciones 64 y 67, Escuela Normal, Sec. 19 de Ferrocarrileros, bloque de estudiantes socialistas y hasta dos campesinos que habían venido desde lejos y muchas otras instituciones que sería imposible enumerar. A las 11.00 horas, después de que el Gobernador Arturo B. de la Garza y sus más inmediatos colaboradores hicieron la

última guardia, fueron trasladados sus restos a la Gran Logia del Estado, donde recibiría los últimos honores en impresionante ceremonia a la que asistieron masones de todas las Logias del Estado e inclusive algunos representantes de Logias de otros lejanos lugares del País.

Por la tarde, el féretro fue llevado en hombros por amigos y prominentes masones hasta el sitio donde habrían de descansar sus restos. Lo acompañaban las más altas autoridades civiles, militares y educativas, entre millares de obreros, estudiantes, representantes de sindicatos e instituciones. Personas de todas las clases sociales se confundían en aquella muchedumbre que en silencio doloroso marchaba hasta el Panteón del Carmen. En las calles por donde pasaba aquel imponente cortejo esperaban su paso mujeres, ancianos y niños conmovidos para darle su postrer despedida al hombre bueno que fue el Dr. Angel. Todos le debían algo.

Ya ante su tumba hablaron para despedirlo y exaltar su figura con los ojos llenos de lágrimas y la voz temblorosa, el Dr. Enrique C. Livas por la Universidad de Nuevo León, el Dr. Arnulfo Treviño Garza por la Facultad de Medicina, Agustín Serna por los estudiantes de la misma escuela, el Lic. Caleb Sierra Ramos por la Gran Logia del Estado, Simón R. González por el Partido Comunista, el Prof. Oziel Hinojosa por el Gobierno del Estado y diversos representantes de la C.T.M. y de las Secciones Mineras y Sindicatos importantes.

Y antes de que bajaran a la tierra los despojos mortales, el Gobernador dispuso que se improvisara un desfile ante su féretro, pues todos querían ver por última vez el rostro de aquel hombre magnífico.

FRANCISCO M. ZERTUCHE

TRABAJO REALIZADO POR UN GRUPO DE ALUMNOS DE LA ESCUELA PREPARATORIA No. 3 (NOCTURNA) UTILIZANDO EL NUMERO 268 DE "VIDA UNIVERSITARIA". DE FECHA 9 DE MAYO DE 1956 EN QUE APARECEN ARTICULOS DEL SEÑOR PROF. ALFONSO REYES AURRECOECHEA, LIC. GENARO SALINAS QUIROGA. ADEMAS DE NOTAS INFORMATIVAS. LEIDO EN UNO DE LOS "SABADOS CULTURALES".

El Profesor Francisco M. Zertuche nació en San Pedro de las Colonias, Coahuila, en el año de 1905. Hizo sus estudios primarios en su ciudad natal con la maestra Esther Palacios,, a quien guardaba profundo afecto.

Posteriormente se inscribió en el Liceo Fournier de la Ciudad de México. Cursó sus estudios de preparatoria. Posteriormente asistió a los Cursos de Altos Estudios, hoy Facultad de Filosofía y Letras, de México.

Francisco M. Zertuche perteneció a la generación de Santiago Urueta, Jorge Cuesta, José Muñoz Cota y Andrés Iduarte. Fueron sus maestros en Letras en diferentes épocas, don Federico Gamboa, Horacio Zúñiga, Jaime Torres Bodet, Atenógenes Pérez y Soto, Raúl Cordero Amador y Agustín Loera y Chávez. En el año de 1928 ganó el primer premio, Flor Natural, en los Juegos Florales organizados en ese año, con el poema "Ofrenda Lírica", publicado en "Revista de Revistas" de esa época.

Había venido a Nuevo León, procedente del Estado de Coahuila, después de una fallida aventura política. Vivía solo, en un cuarto amueblado de una antigua casona de la calle de Zuazua; era un cuarto que daba al patio, amplio,

última guardia, fueron trasladados sus restos a la Gran Logia del Estado, donde recibiría los últimos honores en impresionante ceremonia a la que asistieron masones de todas las Logias del Estado e inclusive algunos representantes de Logias de otros lejanos lugares del País.

Por la tarde, el féretro fue llevado en hombros por amigos y prominentes masones hasta el sitio donde habrían de descansar sus restos. Lo acompañaban las más altas autoridades civiles, militares y educativas, entre millares de obreros, estudiantes, representantes de sindicatos e instituciones. Personas de todas las clases sociales se confundían en aquella muchedumbre que en silencio doloroso marchaba hasta el Panteón del Carmen. En las calles por donde pasaba aquel imponente cortejo esperaban su paso mujeres, ancianos y niños conmovidos para darle su postrer despedida al hombre bueno que fue el Dr. Angel. Todos le debían algo.

Ya ante su tumba hablaron para despedirlo y exaltar su figura con los ojos llenos de lágrimas y la voz temblorosa, el Dr. Enrique C. Livas por la Universidad de Nuevo León, el Dr. Arnulfo Treviño Garza por la Facultad de Medicina, Agustín Serna por los estudiantes de la misma escuela, el Lic. Caleb Sierra Ramos por la Gran Logia del Estado, Simón R. González por el Partido Comunista, el Prof. Oziel Hinojosa por el Gobierno del Estado y diversos representantes de la C.T.M. y de las Secciones Mineras y Sindicatos importantes.

Y antes de que bajaran a la tierra los despojos mortales, el Gobernador dispuso que se improvisara un desfile ante su féretro, pues todos querían ver por última vez el rostro de aquel hombre magnífico.

FRANCISCO M. ZERTUCHE

TRABAJO REALIZADO POR UN GRUPO DE ALUMNOS DE LA ESCUELA PREPARATORIA No. 3 (NOCTURNA) UTILIZANDO EL NUMERO 268 DE "VIDA UNIVERSITARIA". DE FECHA 9 DE MAYO DE 1956 EN QUE APARECEN ARTICULOS DEL SEÑOR PROF. ALFONSO REYES AURRECOECHEA, LIC. GENARO SALINAS QUIROGA. ADEMAS DE NOTAS INFORMATIVAS. LEIDO EN UNO DE LOS "SABADOS CULTURALES".

El Profesor Francisco M. Zertuche nació en San Pedro de las Colonias, Coahuila, en el año de 1905. Hizo sus estudios primarios en su ciudad natal con la maestra Esther Palacios,, a quien guardaba profundo afecto.

Posteriormente se inscribió en el Liceo Fournier de la Ciudad de México. Cursó sus estudios de preparatoria. Posteriormente asistió a los Cursos de Altos Estudios, hoy Facultad de Filosofía y Letras, de México.

Francisco M. Zertuche perteneció a la generación de Santiago Urueta, Jorge Cuesta, José Muñoz Cota y Andrés Iduarte. Fueron sus maestros en Letras en diferentes épocas, don Federico Gamboa, Horacio Zúñiga, Jaime Torres Bodet, Atenógenes Pérez y Soto, Raúl Cordero Amador y Agustín Loera y Chávez. En el año de 1928 ganó el primer premio, Flor Natural, en los Juegos Florales organizados en ese año, con el poema "Ofrenda Lírica", publicado en "Revista de Revistas" de esa época.

Había venido a Nuevo León, procedente del Estado de Coahuila, después de una fallida aventura política. Vivía solo, en un cuarto amueblado de una antigua casona de la calle de Zuazua; era un cuarto que daba al patio, amplio,

fresco, cubiertos los muros exteriores de verdes enredaderas y provisto de altas ventanas con vidrios de colores.

Era el año de 1939 y al siguiente año sumó la eficiencia de su magisterio en la Universidad de Nuevo León, donde ofreció las primeras cátedras de Literatura en la ESCUELA NOCTURNA DE BACHILLERES.

Poco después emprendió su labor de enseñanza: daba clases de Folklore Nacional a un grupo de guías de turistas que lo había solicitado como instructor. Su primera lección la ofreció sentado en una silla ocasional y parecía como si estuviera practicando oratoria en voz baja, exaltando la capacidad artística de los mexicanos y las chispeantes notas de su ingeniosa picardía.

Establecida nuevamente la Universidad de Nuevo León, en noviembre de 1943, el profesor Zertuche ingresó al Departamento de Acción Social Universitaria, entonces a cargo del licenciado Raúl Rangel Frías. En esta dependencia colaboró incansablemente escribiendo artículos sobre temas literarios en el mensuario "Armas y Letras" y en el Departamento Editorial de la misma.

Fue su época de profesor universitario en la cátedra de Literatura Mexicana en la Escuela Nocturna de Bachilleres. Encontró allí a un reducido grupo de alumnos comprensivos que pronto lo quisieron y vieron en él a un maestro desprendido, elocuente, sencillo y afable con todos. Sus clases eran conversaciones, lecturas, repaso de los conceptos y corrientes literarias; pero gustaba mucho de buscar el dato erudito, el tema poco tratado, para encontrar sustancia y aprendizaje y enseñanza.

La Universidad fue la pasión de su vida. A ella consagró de manera absoluta su cuerpo endeble y su lúcido entendimiento. Con ella contrajo nupcias para siempre, como el Santo de Asís con la Dama Pobreza. La caridad—virtud nazarena— se dió en él espléndidamente porque a nuestra Casa de Estudios dió todo, sin esperar nada.

Al escribirse la Historia del Colegio Civil, debe ser citado

justicieramente su nombre como uno de los más relevantes catedráticos de la última jornada. Mientras tanto, debe ser recogida y publicada su obra dispersa y en la austeridad de la cátedra de Literatura que profesó de manera ejemplar, tendrá que invocarse su nombre nimbado de gloria.

En 1946, siendo Rector de la Universidad el doctor Enrique C. Livas, principió a organizar los primeros Cursos de Verano, que entonces tuvieron el carácter de lecciones informales dedicadas a extranjeros y algunas materias de interés académico. Desde entonces fueron establecidos por iniciativa suya los Cursos de Verano que, posteriormente, año tras año, fueron superándose hasta lograr que la máxima Casa de Estudios de Nuevo León asomara su rostro en el panorama nacional de la cultura.

En el Departamento de Acción Social Universitaria, tuvo a su cargo la sección destinada al enriquecimiento de la Biblioteca y, posteriormente, al ocurrir el fallecimiento del inolvidable Edmundo Alvarado Santos, desempeñó el puesto de Jefe del Departamento Editorial. Sus artículos y ensayos, publicados en "Armas y Letras", versaron siempre sobre los temas que eran de su predilección: la poesía heroica popular, las cuestiones cervantinas y la literatura mística española.

Pero su consagración en el ambiente universitario fue la creación y organización de los Cursos de Verano, que dieron origen a la actual Escuela de Verano, cuya undécima anualidad habría de iniciarse en julio de 1956 y que alcanzó a dejar casi totalmente terminada. En esta labor puso todo su valimiento, pasión, ardor, entereza y talento. En todo momento hablaba de nuevas promociones, nuevos adelantos, nuevas actividades. No descuidaba nunca su responsabilidad, así estuviera en el lecho del enfermo. Durante su última enfermedad se le veía disponer lo necesario, dictar la correspondencia y enterarse de todo cuanto tenía referencia a la XI Anualidad de la Escuela de Verano que venía preparando desde su residencia.

El mismo se encargó, en una entrevista concedida a Ma. Guadalupe Alcalá, de contarnos el origen de la Escuela diciendo:

"La Escuela de Verano de la Universidad, tiene su germen histórico en 1946: durante el Rectorado del Doctor Livas, el Licenciado Raúl Rangel Frías, entonces Jefe del Departamento de Acción Social Universitaria, el Químico Técnico Manuel Rangel y yo, concebimos la idea de instituir enseñanzas tendientes a resarcir a los estudiantes perjudicados en sus estudios lectivos, por medio de Cursos de Rehabilitación, buscando así una solución aprobatoria. Esa iniciativa tuvo eco; con la adscripción de actividades culturales, tales como ciclos de conferencias y exposiciones de Arte y Arqueología, en cuyo desarrollo tuvo parte muy señalada durante varios años el talentoso y recordado Salvador Toscano, que hizo posible la presentación de varias exposiciones arqueológicas en nuestro medio social".

"La Escuela de Verano, durante el breve lapso de vida que yo he llamado el período romántico, tiene tres aspectos fundamentales: las enseñanzas para post-graduados, tales como médicos, odontólogos, ingenieros y arquitectos, técnicos y maestros; las conferencias libres, en una multiplicidad de aspectos, desde el artístico hasta el técnico; y aquellas que van encaminadas a resolver los problemas inherentes al espíritu prevocacional cuya solución afecta a los programas universitarios y a la propia vida profesionalista mexicana".

"Claro está que, dentro de estos tres grandes agrupamientos, quedan comprendidas actividades adjetivas que van respondiendo funcionalmente no sólo al interés típicamente universitario, sino al social que ya en el noveno año de vida ha quedado satisfecho, aunque quedan muchas facetas por pulir y que se irán perfeccionando por la experiencia y la buena voluntad de los hijos de la Universidad, que natural y espontáneamente vendrán después de la entrega de la dirección de nuestra Escuela de Verano que graciosamente me ha sido concedida y a la que he consagrado mi modesto trabajo, en el período de mi vida.

"La responsabilidad de los universitarios reposa en una intensa colaboración con la vida de México, alentando la llama de la verdad en el campo de la técnica y de la verdad histórica. DEBE PREPARAR A UNA JUVENTUD LI-

BRE DE PREJUICIOS Y DE COMPROMISOS NEGATIVOS, sana, jocunda, animada, de los más altos y bellos propósitos del espíritu. Frente a la crisis que se avecina tendrá que señalar el rumbo de la verdad y del bien, en una constante prédica de paz con la antorcha en su mano".

"La Escuela de Verano es, junto con los más honrados sectores progresistas de México, una atalaya desde donde se columbran las necesidades de todas órdenes que hay que satisfacer".

"Su papel, en la cultura del noreste de México, es la de promover las más altas inquietudes del espíritu en la vida social; las de vigilar el rumbo de la juventud en el campo de la técnica, del humanismo, del arte, entidades que a la vez sirvan para dignificar la vida entera de las provincias nortenas de México".

"Los medios se van perfeccionando; se clarifica la lejanía, se hacen más tangibles nuestras necesidades. Como en el pensamiento de un gran escritor sudamericano, encendemos nuestra lámpara votiva para que quienes nos sucedan puedan avanzar un paso más".

Esta dedicación ejemplar a la Casa de Estudios, su curso de Literatura en la Escuela de Bachilleres y el Seminario de Letras que dirigía en la Facultad de Filosofía, le fueron formando una personalidad dinámica, nerviosa, eficiente, que le dió lugar preponderante y singular entre los mejores colaboradores de la pujante Universidad de Nuevo León. Muchos le prestaban ayuda y apoyo desinteresado en sus tareas, sólo por verlo satisfecho de su obra que se iba enriqueciendo año tras año. A su trabajo concurría aún los domingos o días festivos y permanecía en sus oficinas hasta las altas horas de la noche. Parecía movido por un afán innovador, en plan de superación constante.

Para dar una idea de la altura que alcanzaron los Cursos de Verano, baste citar que el año de 1948 visitaron la Escuela los Profesores Huéspedes: José de J. Aceves, Manuel Cuevas Cortés, José Luis Cuevas, Raymundo Lida, Daniel F. Rubín de la Borbolla, Juan M. Terán, Salvador Toscano,

Rafael E. Valle, Silvio Zavala y Leopoldo Zea.

Tres exposiciones se ofrecieron al público en esta ocasión: la célebre Exposición del Autorretrato Mexicano, la Exposición Iconográfica de El Quijote y Cervantes y la Exposición de Cerámica del México Antiguo.

El Teatro Experimental Universitario, con la valiosa cooperación del Maestro Aceves, ofreció sesiones didácticas y tres magníficas representaciones de teatro clásico moderno.

Las labores se iniciaron con una velada en el Aula Magna, con la participación del Trío de Cámara y la radio del Gobierno de la República, que cedió el tiempo de la Hora Nacional.

En 1949 la Escuela de Verano trabajó a través de las Secciones de Humanidades, Ciencias Jurídicas, Económicas y Sociales; Ciencias Médicas, Ciencias Vivas y Aplicadas, Exposiciones de Arqueología y de Pintura, Conciertos y Exhibiciones filmicas educativas.

En la primera de dichas secciones se ofrecieron los siguientes cursos y cursillos:

La Cultura Hispanoamericana y su Destino Universal y Democrático: Profesor extraordinario Luis Maldonado Tamayo, Embajador del Ecuador en México; "La Vida económica de la Nueva España"; Profr. Arturo Arnáiz y Freg; "Lengua y Literatura": Doctor Raymundo Lida; "La novela hispanoamericana": José Alvarado; "Literatura Mexicana"; Dr. Francisco Monterde García Icazbalceta; "Historia de la Lengua Española"; Profr. Carlos Villegas García; "Algunos aspectos de la vida histórica de Nuevo León": José P. Saldaña; "Tres temas de literatura clásica griega"; Profr. Francisco M. Zertuche.

Esta labor, cada vez mejor, con mayor número e idéntica calidad se continua hasta su muerte.

Al morir el profesor Zertuche, dejó una rica tradición académica representada por las once anualidades de la Escuela de Verano, durante las cuales las sociedades médico-científicas, instituciones y agrupaciones educativas y cultura-

les, maestros y estudiantes universitarios, profesionistas y profesores de fuera de Nuevo León, acudieron al llamado del maestro Zertuche y con su generosa aportación aumentaron el prestigio académico y cultural de la Universidad de Nuevo León.

Tuvo el don de la cortesía. Era sumamente sensible; una expresión, una actitud o un suceso singular, le impresionaban profundamente. Por las palabras de un verso alado se le iba algo de su ser. En las tertulias era incomparablemente alegre y simpático; su conversación atraía y envolvía suavemente: los temas se le iban despegando de los labios, con pocas digresiones y en ocasiones alcanzaban el rango de verdaderas cátedras. Los jóvenes lo admiraban y lo querían. Una preocupación íntima, esencial, parecía asirlo, por su singular manera de ver la vida, indiferente a los bienes materiales, atento siempre a los dones del espíritu.

El Profr. Francisco M. Zertuche fue orador fácil y elegante. Procuraba poner en sus palabras mucho de lo que meditaba en sus horas de soledad y de insomnio y sabía producir el efecto que deseaba con párrafos brillantes y rotundos. Era un soñador, un poeta de la vida y del arte. Si alguna vez la Universidad de Nuevo León ha de ser el hogar encendido que todos soñamos, Francisco M. Zertuche estará colocado en su centro, como una devoción puesta en pie, al lado de los creadores de la gran tradición educativa de la Casa de Estudios. Porque en la marcha de una institución que es eterna como la vida, valen más aquellos que se desvelan por la eficacia cada vez mayor de su misión enaltecedora, aquellos que le rinden lo mejor de sí mismos y caen en el lugar preciso de su deber.

Fue un gran trabajador en que la humildad de su aspecto externo, contrastó notablemente con la riqueza suntuosa de su interior. Prefirió, en heroica opción, la belleza de su alma a la de su traje, empeñado inútilmente en ocultar un espíritu superior. Vivió rodeado de libros que consideró no como cosas o materia inerte, sino como amigos inseparables, como huéspedes insubstituíbles. Formaron una montaña que semejaron invicta trinchera que lo defendía de las acechanzas del mundo.

Las publicaciones universitarias se engalanaron siempre con su dilecta pluma. En forma hebdomadaria aparecía su valiosa colaboración en "Vida Universitaria", en una sección que rotuló: "El Laurel y la Acacia" (Florilegio de la Poesía Mexicana). En el Boletín Mensual de nuestro centro más alto de cultura "Armas y Letras" y en la Revista "Universidad" aparecieron muchas de sus producciones que semejaron cisnes deslizarse en un lago azul, de fantasía. Sus temas predilectos: la Edad Heroica de Gracia, Cervantes y los poetas místicos españoles. Estos últimos lo hicieron recordar indudablemente, la grada a Dios: si la ciencia engréida no te ve, yo te veo, si sus labios te niegan, yo te proclamaré, por cada alma que duda mi alma grita yo creo, y con cada fe muerta se agiganta mi fe.

La Universidad de Nuevo León, para conmemorar el Cuatricentenario del insigne poeta español Lope de Vega, escogió para publicar una obra póstuma del Profr. Francisco M. Zertuche.

Durante todos los años no descuidó su labor docente. Al morir era secretario y catedrático en la Escuela de Bachilleres, director y catedrático de la Sección de Letras de la Universidad y director de la Escuela de Verano.

Colaboró en numerosas publicaciones de Monterrey, capitalinos y del resto del País, en las que escribía artículos y ensayos sobre literatura española. En la última época de su vida fue colaborador de la revista "Universidad", órgano de la Universidad de Nuevo León, del mensuario "Armas y Letras" de la propia Casa de Estudios y de "Vida Universitaria", semanario auspiciado por el Patronato Universitario, al cual dió vida desde la VI Anualidad de la Escuela de Verano.

A ningún estudiante le negó ayuda económica, su consejo, y su orientación. Al magisterio universitaria le brindó su amistad generosa y quijotesca y el rico tesoro de la amabilidad de su conversación. Si algo despreció fue el dinero. A él podría aplicársele el pensamiento de Ramón López Velarde en su Oración Fúnebre al pintor Saturnino Hernán: "Demasiado inteligente para ser fatuo, cultiva un desdén es-

pecial para aquellos que, al decir de Gracián, la naturaleza humilla y la fortuna eleva mal".

Al morir le sobreviven su esposa, la señora profesora Doña María Terán de Zertuche, su pequeña hija Fuensanta y su hermano el ingeniero Alberto Mier Zertuche.

Antes de descender su cadáver a la fosa, el Rector de la Universidad de Nuevo León Ing. Roberto Treviño González, pronunció una breve oración fúnebre en nombre de las autoridades, maestros y alumnos de la Casa de Estudios, durante la cual expresó que "el profesor Francisco M. Zertuche siempre vivirá en la memoria de todos los universitarios, porque su ejemplo nos servirá de guía e inspiración y porque supo ganarse el corazón de todos los universitarios".



UAN

DAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA